Moral, poesía y erotismo en el México liberal

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE

*Dime cómo enamoras
y te diré quién eres*

El Nigromante

Periódico literario de breve vida, apenas dos números, *El Anáhuac* tuvo el mérito de abrir sus páginas a la discusión de un tema que si en la época actual todavía produce escozor en algunas epidermis delicadas, con mayor razón debió causar erupciones en el tejido cutáneo de un México sensibilizado por el romanticismo. Lo erótico suele tener implicaciones morales que pueblos de raigambre cristiana con frecuencia confinan al ámbito vergonzante de la alcoba. La ideología liberal reportó grandes avances a la vida pública nacional pero, respetuosa de la vida privada, consintió que incontables prejuicios sexuales continuasen incólumes en el modelo tradicional de la familia.

Muy pocos hombres de la Reforma se atrevieron a exponer abiertamente sus puntos de vista acerca del amor como experiencia sensual. Ignacio Ramírez, *El Nigromante* (1818-1879) fue uno de ellos, según se aprecia en el artículo que nos proponemos comentar, ubicándonos dentro del contexto histórico en el cual fue redactado.

En primer término, situaremos temporalmente nuestro argumento. Corría la década comprendida entre el fusilamiento de Maximiliano (1867) y el ascenso de Porfirio Díaz al poder (1877), periodo que algunos historiadores denominan la República restaurada.

Las veladas literarias

Dos presidentes, Benito Juárez (1806-1872) y Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889), parecen estar dispuestos a prolongar la austeridad anunciada en los mordaces versos de "Adiós, mamá Carlota":

Acábanse en Palacio
tertulias, juegos, bailes...

Herencia de la corte virreinal, las consortes de anteriores mandatarios acostumbraron reunir en torno suyo a las "mejores familias" para convertir la residencia de la pareja gobernante en centro de la actividad social y artística mexicana.

Pero, estoica matrona que había pagado con la vida de dos de sus hijos las elevadas prendas de su patriotismo, doña Margarita Maza de Juárez (1826-1871) pasó sus últimos tiempos recluida en una casa de campo en San Cosme, y rara vez aceptaba dejarse ver en público. Su benemérito esposo tampoco demostraba gran interés por las manifestaciones culturales, si hemos de creer en lo que —hacia 1883— escribía Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) en el *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de México*: "Al revés de Maximiliano, Juárez no tenía aficiones científicas, literarias ni artísticas. Forjado su carácter en las lides de la guerra y de la política, sólo encontraba placer en sus goces amargos, y parecía desdeñar los demás."

Más sensible a los deleites del espíritu, a Sebastián Lerdo de Tejada le cabe la dudosa gloria de ser el único mandatario que ha llegado célibe a la silla presidencial. Su no remoto amor de cuarentón por una quinceañera chihuahuense, que lo desairó para casarse con un satre, ha sido puntualmente relatado, en *Don Sebastián Lerdo de Tejada y el amor*, por José Fuentes Mares (1915-1986).

Posiblemente Lerdo haya sido tan sentimental como su ministro de relaciones exteriores, José María Lafragua (1813-1875), quien también llevaba a cuestras un drama a la altura del romanticismo: su noviazgo de nueve años con Lolita Escalante. Una serie de contratiempos, que el fidelísimo galán relata en *Ecos del corazón*, había retrasado las nupcias; estaban a punto de celebrarse cuando ella murió, según registra el célebre epitafio de San Fernando:

Llegaba ya al altar feliz esposa...
Allí la hirió la muerte... aquí reposa...

Aunque mucho se esforzó Lafragua por idear esa inscripción funeraria a la vez breve, concisa y patética, no se li-

bró de que cierta mano aviesa completase el dístico elocuente con este otro:

Más allá del altar habría llegado
si tanto no la hubieras embromado.

Pero no por ausentismo o carencia de primeras damas oficiales esta década fue precisamente sombría; más bien fue de marcados contrastes. Lo que hoy se conoce como “sociedad civil”, que no quería privarse de placeres comunes y goces refinados, terminó por organizarse en asociaciones de todo tipo, que al finalizar la década eran 73, divididas en 29 científicas, 21 literarias, 20 artísticas y 3 mixtas, según Antonio García Cubas (1832-1912) en la *Nueva geografía universal*, editada por Montaner y Simon en 1878.

Corría el último mes de 1867, cuando los talentos que diez años de guerra habían dispersado decidieron reunirse semanalmente en la casa de alguno de ellos, para que cada quien leyese en voz alta sus más recientes producciones. Tales tertulias, celebradas ante la presencia patriarcal del “viejito” Guillermo Prieto (1818-1897), el ya mencionado Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, y Manuel Payno (1810-1894), quedaron bajo la brillante férula de Ignacio Manuel Altamirano.

Principal animador y responsable de difundir tales frutos de la paz en las páginas de *El Renacimiento* —que vio la primera luz en 1869— el poeta de Tixtla era el alma de las veladas literarias. En broma se diría que esos años fueron “consulado e imperio de Altamirano”.

Pronto cundió la moda; no sólo las residencias burguesas sino también las de clase media se disputaban el honor de abrir sus salones a los poetas y artistas más cotizados, para que entraran a desbordar torrentes de inspiración, dejando a su paso un hálito de refinamiento que a ninguna familia con pretensiones le venía de sobra.

La “Sociedad Netzahualcóyotl”

En contraste, había estudiantes aficionados a la literatura que, por pobreza o timidez, no se atrevían a reclamar cabida en el círculo de los consagrados. Provincianos algunos de ellos, capitalinos de origen modesto los demás, carecían de espacios propios donde reunirse, por lo que empezaron a hacerlo en un patio del antiguo convento de San Jerónimo, hoy Claustro de Sor Juana.

Al conocerlos, Altamirano sintió inmediata simpatía por sus afanes y daba noticia de ellos el primero de mayo de 1869, en la “Crónica de la semana” de *El Renacimiento*:

Otra Sociedad de jóvenes estudiantes que hace años se consagra a los trabajos literarios sin ruido y sin descanso, y que ha tomado el nombre del poeta-rey de Texcoco (...) celebró el aniversario de su inauguración, en la casa del señor licenciado Sánchez Solís, que se ha mostrado favorecedor de esa juventud entusiasta. Presidió la reunión el eminente publicista y literato

Francisco Zarco, a quien los socios hicieron subir al sillón presidencial con harta justicia, pues es uno de los patriarcas de la literatura nacional...

Cuatro meses después, en la “Crónica de la semana” del 11 de septiembre de 1869, Altamirano proporcionaba mayores datos sobre el origen de la asociación. Decía que al principio sus miembros se organizaron “a guisa de conspiradores, sentándose debajo de una higuera, sobre los escombros, y allí, como los pastores de Virgilio, se pusieron a componer sus idilios y sus églogas”.

De esta forma, en abril de 1868 se constituyó la Sociedad Netzahualcóyotl, que no habría pasado de ser uno de tantos grupos culturales si entre sus miembros no se contasen Manuel Acuña (1849-1873), Agustín F. Cuenca (1850-1884), Gerardo M. Silva (1852-1895), el toluqueño Agustín García Figueroa (1847-1919) y otras figuras de una generación marcada por el signo de la tragedia. Por el momento, Altamirano presagiaba:

Quando sean conocidas en México la perseverancia, la actividad y la decisión con que los jóvenes de la Sociedad Netzahualcóyotl se han consagrado a sus tareas, luchando con todos los obstáculos que puede amontonar la pobreza, la escasez de libros y la falta de protección, estamos seguros de que se les admirará y se les concederá un voto de profunda simpatía.

Sin embargo, desde un principio habían contado con algunos mecenas. Cuando dejaron de reunirse a la sombra de la higuera pasaron a ocupar un salón ruinoso, donde llevaron una mesa con sillas y, en palabras de Altamirano, “improvisaron así su sinagoga de bohemios”.

Allí los descubrió el ilustre educador Felipe Sánchez Solís (1816-1882), quien vivía a la vuelta de San Jerónimo, en la segunda calle de la Aduana Vieja, hoy Avenida 5 de Febrero. Siempre interesado en impulsar a la juventud, el maestro “les abrió su casa, y allí formalizaron sus trabajos, reglamentaron su Academia y dieron un giro ordenado a sus sesiones”.

Nadie más indicado para ello que Sánchez Solís, quien sabía combinar la disciplina pedagógica con una paternal solicitud hacia sus alumnos. Como director del Instituto Literario del Estado de México, entre 1847 y 1851 había conducido con acierto a discípulos tan rebeldes como el ya mencionado Altamirano, Juan A. Mateos y otros más dóciles, que también llegarían a ser hombres notables en la vida nacional.

Otro entusiasta protector de la Sociedad Netzahualcóyotl fue el ilustrado propietario de *La Iberia*, don Anselmo de la Portilla (1816-1879), quien —de acuerdo con el propio Altamirano— publicó un tomo con los primeros versos de sus integrantes, aparecido a manera de folletín en ese periódico.

El Anáhuac

Después de celebrar el primer aniversario de la sociedad, los agremiados concibieron la idea de crear su propia publi-

cación. Sánchez Solís gozaba de amplias relaciones en los medios políticos y sociales, sobre todo en ese momento, cuando acababa de ser elegido diputado federal por el Estado de México. Por ser promotor del Colegio del Tecpam, fue puesta a su disposición la imprenta de ese plantel, así como el apoyo técnico de los alumnos grabadores Valeriano Lara, Agustín Ocampo, Francisco Acevedo y Miguel Portillo.

El número inicial de *El Anáhuac*, "periódico literario ilustrado de la Sociedad Netzahualcáyotl", apareció el primero de octubre de 1869, con la promesa de que se publicaría en forma quincenal. El costo de la suscripción era de cuatro reales en la capital y cinco fuera de ella.

El editor era nada menos que Manuel Payno y los redactores Javier Santa María, Antonio Domínguez Salazar, Manuel Acuña, Rafael Rebollar (hijo), Miguel Portillo, Agustín F. Cuenca, Gerardo M. Silva, Alfredo Higuera y Agustín G. Figueroa. Los artistas que aceptaron entregar ilustraciones originales eran afamados pintores académicos, como Salomé Pina (1830-1909), Santiago Rebull (1829-1902), José Obregón (1832-1902) y Petronilo Monroy (1836-1882).

Cincuenta personajes integraban la lista de colaboradores, entre ellos Francisco Zarco (1829-1869), Ignacio Altamirano, Guillermo Prieto, Justo Sierra (1848-1912), Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1918), Juan A. Mateos (1831-1913), el cubano Pedro Santacilia (1826-1910) amparado en las iniciales P. S., la recién llegada poetisa Isabel Prieto de Landázuri (1833-1876) y muchas otras firmas reconocidas.

Felipe Sánchez Solís ocupa un sitio modesto dentro de esa nómina, aunque el domicilio de la redacción que se daba era el suyo (Casa número 13 de la 2ª calle de la Aduana Vieja). La nota biográfica de este personaje publicada el 2 de diciembre de 1893 en la *Gaceta de Gobierno* del Estado de México, incurre en algunas inexactitudes:

En su casa el Sr. Sánchez Solís, reunía y alentaba a jóvenes literatos, como Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Rafael Rebollar y otros varios que lo nombraron Presidente de la "Sociedad Netzahualcáyotl" y fundaron y publicaron, bajo su dirección, el periódico literario *El Anáhuac*.

Como hemos podido advertir, Juan de Dios Peza (1852-1910) no aparece mencionado como redactor y es poco probable que en ese tiempo fuera socio activo de la agrupación. El propio escritor recuerda, en *Poetas y escritores modernos mexicanos*, de 1877, que "había por los años de 67 a 68, un grupo de estudiantes pobres, que sin más afán que la conquista de un nombre en la república de las letras, se unían para estudiar y cultivar el divino arte de la poesía".

Entre estos jóvenes, Peza menciona a los que figuraban en el directorio de *El Anáhuac* pero agrega algunos otros nombres, como los de Francisco Ortiz y Francisco G. Cosmes; seguramente ingresaron, como el propio Juan de Dios, en una segunda etapa, ya que la sociedad era "presidida,

cuando yo la conocí, por Ricardo Ramírez, hijo del reputado 'Nigromante'..."

Al paso de los años, la memoria de Peza conspira con la fantasía para relatar los hechos de otra forma en el periódico *La República* (11 de febrero de 1909). Han transcurrido cuatro décadas y el poeta recuerda:

Fundamos los jóvenes una sociedad literaria "Netzahualcáyotl" con un periódico que vivió poco. Nos reuníamos ya en una celda del ex convento de Santa Brígida; ya en otra del ex convento de San Gerónimo; ya en un cuarto de la Escuela de Medicina y muchas veces en la Alameda y el Portal de Mercaderes, para leernos nuestras composiciones y confiarnos nuestros proyectos y nuestras esperanzas.

La primera época de la agrupación fue relativamente breve. Si —como Altamirano afirma— Francisco Zarco fue elegido, por aclamación, presidente de la Sociedad Netzahualcáyotl en abril de 1869, este nombramiento honorífico no pudo haber durado más allá del 22 de diciembre de ese año, cuando murió el ilustre publicista. El año siguiente vieron la luz los dos únicos números de *El Anáhuac*.

En el periódico no figura el nombre de Sánchez Solís en los cargos directivos; pero indiscutiblemente había puesto su hogar al servicio de la juvenil tertulia.

La audacia de Acuña

El número inicial de *El Anáhuac* sale a la venta bajo los mejores auspicios. Desde el primero de septiembre *La Iberia* había anunciado: "Nuevo periódico. Los miembros de la Sociedad Netzahualcáyotl van a publicar un periódico literario. La mitad de productos de las suscripciones se cederá a un establecimiento de beneficencia."

Creemos que la institución favorecida sería la Sociedad Artístico-Industrial para Artesanos, fundada —según datos de Aurelio J. Venegas— por Sánchez Solís en 1868. En su edición del 29 de septiembre, el mismo redactor de *La Iberia* afirma haber visto el prospecto de *El Anáhuac* y, por fin, el 12 de octubre comunica la aparición del nuevo órgano literario.

El contenido de la primera entrega resulta atractivo por muchos conceptos. Se abre con un texto grandilocuente de don Manuel Payno, quien retóricamente cede los trastos a la naciente generación literaria. En páginas interiores, aparece su traducción de "La jauría del infierno", de Eduardo Capern.

Por su parte, Agustín F. Cuenca prueba suerte, con su "Revista", en un género que Prieto y Altamirano habían llevado a niveles de genialidad. Javier Santa María desata el vuelo neófito de sus euforias en el artículo "A la Patria". El secretario particular y yerno del presidente Juárez, Pedro Santacilia (P. S.) entrega dos textos, uno de ellos lírico ("Un beso") y el otro doctoral ("La filosofía y la literatura"). Anto-

nio Domínguez inserta el apólogo "La rosa y la camelia", mientras que Alfredo Higuera prologa su traducción a la novela histórica francesa "El monte San Miguel", que se publicaría en forma de folletín a partir de ese número.

Es en las páginas 9 y 10 donde creemos que *El Anáhuac* empezó a cavar su propia fosa, al publicar el poema inédito de Manuel Acuña "La ramera", con dedicatoria "a mi querido amigo Manuel Roa". Los versos son bastante conocidos —aparecen en casi todas las antologías del malogrado autor—, por lo que sólo transcribiremos algunos, que ponen en evidencia el tono moralizante de la composición:

Pobre mujer, que abandona y sola
sobre el oscuro y negro precipicio,
en lugar de una mano que la salve
siente una mano que la impele al vicio...

Pero llegará un día, amenaza Acuña, en que la antes ofendida se desprenderá del lodo para elevarse a las alturas:

Y entonces, en lugar de un anatema,
en lugar de un desprecio,
escucharás al Cristo del Calvario
que añadiendo tu pena
a tus lágrimas tristes en abono,
te dirá como un tiempo a Magdalena:
Levántate, mujer, yo te perdono.

En aquellos días la sociedad mexicana no estaba preparada para aceptar que una mujer de "mala vida" pudiese dar material poético.

El escándalo

Algo grave sucedió en los quince días transcurridos entre la publicación del primero y el segundo número de *El Anáhuac*. Para empezar, el domicilio de la redacción dejó de ser el de Felipe Sánchez Solís. También la imprenta cambió del Colegio del Tecpam a la Tipográfica de Tomás F. Neve, ubicada en la esquina de Santa Clara y 5 de Mayo. Algunos comentarios de Cuenca, en su "Revista", deben ser leídos entre líneas:

Quisiéramos decir algo a nuestros lectores de la fiesta que celebró la noche del día 11 la Sociedad artística-industrial, en memoria de su fundación; nuestros deseos son éstos; pero ignoramos lo que pasó en ella por no haber tenido la honra de ser invitados.

La indirecta a Sánchez Solís es obvia, y esa velada alusión personal queda al desnudo en posterior párrafo: "Sabemos que muchas personas han asegurado que El Anáhuac había muerto (pero) por ningún motivo dejará de publicarse. La redacción se ha trasladado a los altos de la casa núm. 5 del Arco de S. Agustín."

No obstante los buenos propósitos, el periódico no llegaría a la tercera entrega. Emmanuel Carballo (1929) afirma, en su *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*, que este periódico "alcanzó a publicar únicamente seis números, dos mensuales, a partir de septiembre de 1869". Como puede observarse, la referencia es inexacta, porque el periódico no apareció en septiembre sino en octubre y porque no llegó a seis tirajes; su raquítica colección de dos números puede ser consultada en la Hemeroteca Nacional de la UNAM.

En la "Crónica de la semana" del 13 de noviembre, Altamirano informaba:

El Anáhuac se ha suspendido con gran sentimiento nuestro, por motivos independientes de la voluntad de sus redactores, bohemios como nosotros. Así es que ellos que forman la Sociedad *Netzahualcóyotl* ingresan como colaboradores al *Renacimiento*, cuyas columnas hace tiempo que estaban a su disposición.

Altamirano mantuvo su protección sobre estos jóvenes. En una de sus "Cartas sentimentales" a Rafael Zayas, la publicada en *El Siglo XIX* el 12 de mayo de 1872, recordaba que tenía tres años de conocer a Manuel Acuña: "Se me presentó en unión de Cuenca y de Gerardo Silva, con motivo de una fiesta que celebraba la sociedad literaria de Netzahualcóyotl, de la que eran miembros los tres."

Luego, el maestro agrega más detalles sobre la asiduidad de aquellos discípulos a los que ya juzgaba compañeros:

Leyéronse composiciones que me gustaron. Desde entonces fueron amigos míos y frecuentaron mi casa todos los días. En esas pequeñas reuniones que son tan conocidas de usted, hablábamos siempre de bella literatura, leíamos buenos libros, comentábamos las buenas composiciones, y en suma, estudiábamos. Acuña y sus dos compañeros se distinguían por su laboriosidad.

Aunque, en el mismo texto, el autor afirma que Acuña ha sido objeto de sendos ataques de los escritores del clero" e incluso mal calificado en un examen por cierto catedrático de la escuela de medicina, no menciona en absoluto el episodio que puso fin a la publicación de *El Anáhuac*. Es posible que, por respeto a su antiguo maestro Sánchez Solís, Altamirano se propusiera restar importancia al incidente.

Sin embargo, a la vista de lo que el propio Altamirano publicaba sobre la desaparición de ese periódico, dos inquietudes nos asaltan: ¿Cuáles fueron tales "motivos independientes de la voluntad de sus redactores"? ¿Por qué remarcar su condición de bohemios?

No cabe duda de que se produjo un distanciamiento entre Felipe Sánchez Solís y sus protegidos. Probablemente la cuestión girase en torno al poema de Acuña, que si bien asumía el tono edificante, abordaba un asunto indigno de entrar en los hogares "decentes". Tenemos razones para

suponer que el escándalo no fue desatado por el maestro Sánchez Solís, hombre de ideas liberales y conciliador nato. La que debió poner el grito en el cielo fue su distinguida esposa, doña Susana Robert.

Basta con observar el retrato que de ella pintó Felipe S. Gutiérrez, para convencerse de que era mujer adusta, de porte señorial y gesto autoritario. Una perfecta estampa victoriana, que nos representó en el extranjero pues formó parte de la exposición "Esplendor de Treinta Siglos", presentada en diversas ciudades norteamericanas.

La familia Sánchez Robert gozaba de una posición económica desahogada. Aunque buena parte de sus ingresos procedían de inversiones mineras en Atotonilco el Chico, Hidalgo, no es remota la posibilidad de que otra porción de los bienes tuviera como base negocios administrados por doña Susana. Fundamos tal conjetura en el aviso publicado por la *La Iberia* en su edición del 2 de septiembre de ese mismo año: "Venta de prendas. El día 15 del presente se hará de las cumplidas que existen en el empeño de la esquina de la 2ª calle del Puente de la Aduana Vieja, bajos del número 13." La familia Sánchez Robert, propietaria del inmueble, ocupaba los altos del mismo.

Interviene El Nigromante

También al maestro Ignacio Ramírez incomodó el poema de Acuña, por razones bien distintas de las que atribuimos a doña Susana. El ideólogo y literato leyó "La ramera", comprendió su mensaje y se dispuso a combatir los que consideraba síntomas perniciosos de una pasividad amorosa que, en su opinión, comenzaba a hacer estragos en la juventud mexicana. Por esas fechas, Altamirano lamentaba con cierto sarcasmo la tendencia juvenil al suicidio.

El amor era para Ramírez, esforzado combatiente en las luchas civiles, pasión sensual ávida de triunfo, no agonía sentimental enferma de fracaso. Y fue precisamente en las páginas de *El Anáhuac*, en el segundo y último número, donde publicó un divertido texto titulado "Poesía erótica".

Con su peculiar estilo, gallarda combinación de humanismo e ironía, erudición y desparpajo, El Nigromante empieza confesando no ser muy ducho en el asunto pero, dice, "me temo que las mujeres de hoy no sean como las que se usaron en mis tiempos". Va todavía más lejos al escribir sobre las damas de esos días: "la literatura amorosa que ellas inspiran, no puede explicarse sino por un hermafroditismo que confunde al mismo tiempo los sexos y el lenguaje".

No glosaremos completo el ameno artículo, dedicado a satirizar los versos que por aquel entonces se hallaban en boga, pero sí es oportuno comentar algunos de sus aciertos humorísticos. Por ejemplo, a un poeta que dice buscar una virgen "que mis pasos guíe", se le replica: "¡Ay! en mi tiempo nosotros guiábamos los pasos de las vírgenes y los de aquellas damas que no tenían semejantes pretensiones."

Otro imagina a su pretendida gozando de los castos deleites de la playa:

Mirarás las blancas olas
a tus plantas expirar,
bañando de blanca espuma
tu piel breve y sin igual...

El Nigromante, luego de comentar que debe tratarse de una cojita (por el pie breve y sin igual), propone gastar una cuarteta más:

No extiendas tanto las piernas
a las orillas del mar,
pues si el pie te moja una ola,
otra no sé lo que hará.

No perdona ni a su propio cuñado, Juan A. Mateos, a quien —sin citar el nombre— fustiga en tono amistoso por haber pergeñado "La flor del jazmín", que empieza diciendo:

Hallo en ti, virgen de amores,
sombra a la existencia mía...

"Ignoro —dice el crítico— lo que es una virgen de amores; pero sí estoy persuadido de que cualquiera existencia puede pasarse sin su sombra."

Hay dos autores contra los que arremete sin piedad. El primero de ellos es Manuel M. Flores (1840-1885), cuya célebre creación "Un beso nada más" transcribe completa, en sus 16 endecasílabos, para hacer el chiste de que ni el caudaloso Pedro Santacilia —famoso por su locuacidad— podría sostener tal parrafada "cuando los labios se encuentran en la ocupación más dulce". Y luego ironiza: "Pregunte usted, señor poeta, a su novia, y ella le dirá que ha perdido el tiempo; necesita usted de una virgen de amores."

Finalmente, Ramírez enfila sus baterías contra Acuña, precisamente por "La ramera":

He visto largas coplas dedicadas al apoteosis de las mujeres de mala vida; he creído que el autor iba a concluir con un matrimonio escandaloso; nada de eso, en los últimos versos se ve claro que las *vírgenes locas* se van derechitas al cielo, lo que sucede es que no entran por la puerta que cuida San Pedro, sino por la que está encomendada a San Matías.

Luego de manifestar su recelo ante versos que las propias destinatarias menosprecian, reprocha la vulgaridad de quienes en tales asuntos se ocupan pues "los grandes poetas eróticos han sido víctimas de su pasión; o por lo menos, por medio de la leyenda, immortalizan a la mujer cantada".

Como para darle la razón, el propio Acuña se inmolaría cuatro años después, glorificando de paso a la involuntaria causante de ese acto de extremismo lírico.

“¿Qué novela —pregunta Ramírez— puede forjarse sobre jóvenes que afectan ser las primeras en burlarse de los versos que se les dedican, ora corran en un Álbum vergonzante, ora salgan a la picota de la imprenta?”

Santa, de Federico Gamboa (1864-1939), sería la respuesta tardía a tal pregunta, habida cuenta de que esta obra se publicó 34 años después que el artículo de *El Nigromante*.

Si —como suponemos— el verso de Acuña propició que el periódico perdiera a su principal patrocinador, esta réplica de Ramírez sólo vino a empeorar las cosas. “La ramera” podría verse como un poema de asunto escabroso, pero “La poesía erótica” rayaba francamente en el cinismo y el libertinaje, según los patrones morales de aquella sociedad. Después de aparecido el artículo de Ramírez, *El Anáhuac* pasó a mejor vida.

Rosario, la de tantos...

Deseo —concluye el crítico— que la numerosa juventud entregada al amor y a las musas, se prepare con cantos varoniles a ser digna de la mujer y de la gloria; mal hará en sospechar rivalidad en mis observaciones, pues las he consultado con Fidel, y los dos hemos convenido en que de todos los jóvenes de nuestra época sólo Segura canta a todas las mexicanas.

“Fidel” era, no hay novedad en esto, Guillermo Prieto. El otro aludido es José Sebastián Segura (1822-1889), escritor cosmopolita y políglota que tradujo directamente del alemán numerosos poemas de Schiller (“La canción de la campana”, “El buzo”, “El guante”, “El caballero de Toggenburgo”, “La joven forastera” y “Fantasía fúnebre”), publicándolos en *El Renacimiento*.

¿Cuál es el mérito que, en asuntos amorosos, le encuentran Ramírez y Prieto? Tal vez haber escrito “Las mexicanas”, himno anodino cuyo estribillo es, luego de describir en cada estrofa las bellezas femeninas de algún país visitado por el autor, el siguiente:

Mas no vence ninguna a las diosas
que envió el cielo a mi patrio vergel.

El Nigromante se ha curado en salud al declarar que en la crítica a los jóvenes poetas no debe sospecharse rivalidad. Pero es que, ¿había razones para suponerla? ¿Y qué clase de rivalidad? ¿La de la poesía o la del erotismo? La saña con que ridiculiza a Flores y a Acuña, poniéndoles como ejemplo a un poeta de inferior calidad, mueve a pensar que en su escrito hay algo distinto a esa objetividad que era virtud cardinal en el llamado “Voltaire mexicano”.

El nombre de Rosario de la Peña (1847-1924) salta a la memoria, tal vez indebidamente; si bien Acuña, Ramírez y Flores la pretendieron, se supone que no fue en la época que referimos. Posiblemente ya para entonces el autor del “Nocturno” tuviese interés en ella. Pero la seductora dama no estaba en

condiciones de llevar vida social. Guardaba luto por el insensato fin de su novio, el coronel Juan Espinosa de los Monteros, muerto en duelo de honor en diciembre de 1868.

Respecto a Ramírez, sus biógrafos afirman que guardó fidelidad a Soledad Mateos hasta que enviudó de ella, en 1874 según Altamirano. Sólo entonces —señala la versión oficial— habría fijado su atención en una joven que era casi 30 años menor que él. Si Acuña se suicidó un año antes, no pudo haber tal rivalidad. Sin embargo, corre impresa la anécdota de que cierta vez el poeta de Saltillo encontró a El Nigromante en ameno coloquio con su musa y exclamó: “¡Nunca se había visto un brujo con Rosario!”

Si tal frase es veraz, no cabría duda de que hubo rivalidad pero difícilmente en época tan temprana como la de 1869.

En cuanto a Flores, Carmen Toscano recoge la versión de que conoció a Rosario en la casa de Alfredo Bablot, en agosto de 1874. De ser cierta la referencia, tampoco era posible que la contienda amorosa estuviese entablada desde los días en que apareció el jocoso artículo sobre poesía erótica.

Podemos considerar, más bien, que el texto es sintomático de una profunda grieta generacional, que se ahondaba conforme crecía la influencia del romanticismo sin concesiones, ese de resonancias caballerescas (tan agudamente estudiadas por nuestro contemporáneo Denis de Rougemont en *El amor y occidente*) en que la más perfecta manifestación del amor radica en su imposibilidad.

El viejo liberal (que no entendía ese tono moribundo de sufrir el amor antes que luchar por alcanzarlo como placer físico) saldrá por los fueros de un estilo amatorio cuyo prototipo es “El burlador de Sevilla”. Años más tarde, Ramírez pondrá en juego sus propias facultades de Don Juan, de Doctor Fausto, al modo liberal, aun a sabiendas de que la edad es grave desventaja ante la competencia de los jóvenes que también pretenden a Rosario:

Al inerme león el asno humilla...
Vuélveme, amor, mi juventud, y luego
tú mismo a mis rivales acaudilla.

Pese a sus arrestos de Tenorio maduro, también fracasará, poque Rosario no es mujer común y corriente sino la deidad que El Nigromante —entre muchos otros— ha erigido para quemar incienso en su altar.

La musa del romanticismo representa el símbolo de una época contradictoria, en que a falta de primera dama oficial, los poetas seleccionan a la que, por inaccesible, se hace digna de que por ella se sufra, se combata y se muera.

Rosario no podía ser de nadie en particular porque pertenecía al romanticismo en todas sus modalidades, desde el romanticismo de Acuña, en el que la eterna posesión de la amada sólo se consume con el suicidio, hasta el romanticismo de Ramírez, en el que la pasión se imagina capaz de redimir el pecado mortal de llegar a viejo. ♦